

Mil protestas y juramentos siguieron á esta escena.

Momentos despues se retiró Fernan, y todo quedò sumergido en el mas profundo silencio.

V.

Razon, y muy sobrada, tuvo don Sancho cuando dijo á Jimeno que para el poder y la riqueza no hay puertas cerradas. Esta es una verdad, y mucho mayor cuando esas puertas pertenecen á sères dominados por la vanidad y la ambicion, como en efecto lo eran doña María y sus directores.

Muy poco tiempo despues de los acontecimientos que llevamos referidos, recibió doña María al privado, con todos los honores mismos que se hubieran dispensado á un elevado personaje. Los lectores saben que aquella señora pretendia arrancar á su hija una promesa que era del todo imposible si se atendia á la pasion vehemente que la jóven

CAPILLA ALFONSO  
DE LEÓN Y CASTILLA  
1874

profesaba á Fernan, y que solo se esperaba aquella promesa para dar entrada á Jimeno; preciso será, pues, decir, que viendo lo ir-realizable de aquella idea, creyó mas conducente al logro de sus planes dar un paso que produciría tal vez, mas tarde, el triunfo de los amantes, sin que ni aun remotamente pudiese así imaginarlo doña María.

Jimeno, á pesar de todos los ruegos de la hermosa Elena, fué introducido á la casa.

Referir las desagradables escenas que tuvieron lugar allí desde entonces, seria tarea enojosa, y sobre enojosa, interminable.

Elena nunca tuvo para Jimeno una mirada de cariño, una sonrisa de esperanza, y mucho menos una frase que le hiciese vislumbrar, aunque lejano, un porvenir lisonjero.

Herido su amor propio por aquel desdén é indiferencia sin límites de una mujer encantadora como la concepcion de un artista, sintió en su corazon algo desconocido hasta entonces. Sucede así que muchas veces el hombre, vanagloriándose de su fuerza de voluntad y de su poder, se encuentra presa de una

pasion fogosa que en vano quiere olvidar, y con cuyos tormentos jamás habia soñado.

¡Pobre aventurero que olvidaba que aun esos latidos del corazon, tendria que sofocar ante su protector á riesgo de perder su apoyo!

No pasaron muchos dias sin que sucediese lo que Fernan habia previsto. Don Sancho pidió á doña María, por conducto de su privado, visitar la casa. La buena señora aceptó gustosa, viendo en ello una honra y un título más ante la sociedad.

Pasó así algun tiempo.

Con no poca sorpresa observó doña María que las visitas de Jimeno fueron disminuyendo á medida que las del gobernador fueron mas frecuentes. Esto no dejó de prevenirla para lo futuro.

Un dia, el astuto caballero de Santiago, que habia esperado aquella ocasion, supo darse trazas tales, que Elena, la hermosa prometida de Fernan, y él, se encontraron frente á frente.

La ocasion no podia ser mas favorable, y

don Sancho que hacia algun tiempo que con las miradas y con algunas palabras dichas con premeditacion, pretendia insinuarse á aquella jóven; don Sancho que no queria perder mas tiempo en esa aventura porque tenia otras pendientes, la declaró que la amaba y que anhelaba escuchar de sus lábios una frase siquiera de esperanza.

La energía con que aquella le hizo comprender cuánto era inútil su empresa, el ardor con que le habló, y, sobre todo, la dignidad que respiraban sus palabras, hirieron á don Sancho; pero no bastaron á conseguir turbar á un hombre tan acostumbrado á ese y aun á mas terribles lances.

—Mirad, Elena hermosa, exclamó el gobernador, mirad que vuestras palabras me ofenden, y mi calidad de.....

—Perdonad, señor gobernador y capitán general de la Provincia, interrumpió la jóven, en este instante no hablo con quien tiene el mando supremo de este país, sino simplemente con un hombre que viene á decirme amores, cuando ha llegado hasta mí con

el pretexto de apadrinar un enlace imposible que se me propone, con un privado suyo.

—Jimeno no os ama, Elena; él solo ha querido burlar vuestro candor.

—Llegó á esta casa con grandes recomendaciones de vos mismo!

—Creedme; Jimeno ha venido porque yo lo he dispuesto así; pero.... segun comprendo, amais ya á mi privado. Es un miserable aventurero á quien yo he traído por compasion, en busca de las colosales fortunas de las Indias que se mienten en la Côte.

—Os engañais, don Sancho: si como no me pertenece, pues lo he consagrado á un hombre digno, me perteneciera mi corazon, os juro que jamás habria en él un solo latido para ninguno de los que forman ligas infames contra séres indefensos. Me habeis llamado la atencion sobre vuestra calidad de mandatario; don Sancho, no pidais respetos cuando vos mismo no os respetais ni sabeis respetar á los que están cerca de vos.....

Quién sabe hasta dónde habria llegado el enojo de Elena y la indignacion del goberna-

dor, que jamás había imaginado encontrar allí tan invencible fuerza de voluntad, si la presencia de doña María no hubiese llegado á interrumpir tan desagradable escena.

El semblante de don Sancho indicada bien claramente lo que pasaba en su interior. No menos el de Elena, cuyas mejillas estaban encendidas, y cuyas miradas denunciaban lo que pasaba en su sér.

Mas tarde, retiróse el primero, y doña María escuchó, con disgusto, cuanto había sucedido, de los lábios de su hija.

VI.

Casi al mismo tiempo que pasaban las escenas que acabamos de referir, un acontecimiento inesperado llegó á calmar la ansiedad de Fernan, que no ignoraba un solo paso del gobernador ni de su privado.

Hemos visto en el cuadro anterior cómo el desden de la bella Elena había hecho nacer en el corazón del privado una pasión que, al principio, estaba ageno de sentir, y también hemos visto cómo don Sancho, haciendo mas frecuentes sus visitas, alejó al primero; pues bien, un día, exasperado Jimeno, en quien se habían despertado ciertos sentimientos nobles que caracterizan á todo español, juró á sí mismo vengarse de su pro-

ector, que con tanto descaro le había querido convertir, hasta en este asunto, en un instrumento para el logro de sus planes.

Muy ageno se encontraba Fernan de la visita que iba á recibir, cuando una mañana oyó llamar á su puerta, y pocos instantes despues se encontró frente á frente de Jimeno.

—Mucho extrañareis mi presencia, comenzó el privado; yo mismo he vacilado antes de resolverme á dar este paso; pero sabed que he venido á vuestra casa sin conoceros personalmente, porque ocasiones hay en la vida en que se supera todo.

—Yo desearia que os sirvieseis.....

—Estoy á vuestras órdenes, interrumpió Fernan, viendo que Jimeno apenas podia darse cuenta del sitio en que se hallaba.

—Pues bien, continuó aquel, sé que amais á Elena.....

—Creo no tener motivo alguno para ocultarlo, repuso Fernan bruscamente desconsertando un tanto á su interlocutor.

Este vaciló un momento, y luego continuó:

—Debeis saber que yo pretendí su mano; pero habiendo comprendido que os ama, he retirado mis pretensiones y vengo á proponeros contribuir á vuestra felicidad, allanando el obstáculo que se os presenta.

—Ignoro á qué os referís, contestó Fernan con aire marcado de duda, ó mas bien de indiferencia.

—¿Sabeis que el gobernador y capitán general de la Provincia, don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, pretende arrebataros vuestra dama?

—Juzgo que serian vanas sus pretensiones.

—Pero no debeis dejar de comprender que las familias suelen deslumbrarse con los oropeles de una posicion ventajosa, y contrarían los verdaderos sentimientos del corazon y ahogan sus latidos con el ruido del oro, aunque muy rara vez basta ese sonido para apagar los lamentos de una alma desgraciada. No importa que Elena os ame: sereis caballero, sereis honrado y podreis honrar con vuestra mano á cualquiera de las hijas de

Mérida; en cambio ignorarán los antecedentes del gobernador, harán como que olvidan cuanto la crónica ha dicho de él desde su llegada; todo lo perdonarán, y sacrificarán su ventura misma por obtener una posición elevada. Además, os sería muy costosa, tal vez mas, una lucha con el gobernador. Si queréis, os propondré un medio para destruir ese poder ante la familia de la mujer que amais.

Fernan temia que aquella fuese una celada puesta por don Sancho, ó por el mismo Jimeno, y guardó silencio.

—Veo, continuó el privado, que dudais de la sinceridad de mis palabras. Escuchadme un momento mas, y no vacilareis en aceptar mi apoyo. Como debéis suponer, mi amor propio exige una reparacion ó una venganza. Don Sancho ha querido en este asunto en que tan vivamente se ha interesado mi honor, convertirme en miserable instrumento suyo. Yo soy de todas sus confianzas y poseo, por consiguiente, documentos que bastan para hacerlo indigno ante los ojos de do-

ña María. Don Sancho es casado en España, y, mirad, dijo sacando de la bolsa una carta, y poniéndola en las manos de Fernan, mirad la última que de Madrid le direje su esposa, reconviniéndole por su prolongado silencio.

Fernan leyó, y ya no conservó duda alguna.

—Y ¿qué pensais, ó mejor dicho, qué uso quereis que yo haga de ese documento, sin comprometeros?

—Deseo que lo pongais en manos de vuestra prometida. Las mujeres tienen mucha mas perspicacia, mas recursos que nosotros, y es innegable que ellas saben explotar grandemente cualquier circunstancia. Entregadla esa carta y lograreis realizar vuestras esperanzas. Tan solo me atrevo á recomendaros que no la digais por qué conducto os vino, pues me perderiais seguramente. Todo saben las mujeres, menos guardar un secreto; si no fuera por esto, muy rara ó ninguna vez verian frustrados sus planes. Y lo mas malo es, que los depositan en otras mu-

¡eres cuando tanto se conocen. Así, ocultad mi nombre. Quiero vengarme, y esto me obliga á dar este paso.

—Descuidad, Jimeno, y contad con mi gratitud, dijo Fernan alargándole la diestra.

Mas tarde..... el precioso documento estaba en manos de doña María.

VII.

Han pasado algunos dias despues de aquellos en que sucedió lo que llevamos referido.

Entremos al palacio de gobierno, que entonces era, poco menos que lo que es ahora, que tanto se decantan progresos y adelantos.

En la recámara se encuentra cerca de una mesa con recado de escribir y multitud de papeles esparcidos en ella, don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, caballero de Santiago, etc., etc., y en la misma habitacion, midiéndola con lentos pasos, Jimeno su privado.

Sabed, Jimeno amigo, dijo don Sancho poniendo sobre la mesa el papel en que leia, sabed que hace algunos dias que noto en vos

algo extraño y desconocido para mí: me ocultáis algo.

—Yo..... señor? repuso aquel deteniéndose.

—Jimeno, quiero ser mas franco que vos. Yo creí que andabais menos enamorado de lo que os veo; pensé que un mero pasatiempo os llevaba á casa de Elena, y nunca imaginé que su desden ó su altivez os impresionaran tanto.

—Os equivocais, don Sancho; me preocupa la idea de la patria. ¿Quién que siente el noble orgullo de pertenecer á una nacion grande, noble y generosa; quien que ha visto correr las horas mas dulces de la vida, bajo el cielo azul que cubrió su cuna, quien no suspira por todo eso, por los suyos, por los lugares en que gozó primero, por su hogar y por la iglesia en que elevó á Dios su primera oracion?

—Por demas sentimental os encuentro, en verdad, Jimeno; pero ni con eso podeis ocultarme nada. Lo que os preocupa es ese amor que no ha encontrado eco en el corazon de

la mujer que os lo ha inspirado. ¿Hay acaso algo que ejerza un influjo mayor sobre el alma de un jóven? Estais todavía atravesando esa época en que todo se vé al través del prisma de la ilusion, con los colores que finge la esperanza. Un dia llegará en que el ángel mismo de vuestros ensueños descórrerá el velo que hoy os cubre. El primer desengaño, si no lo habeis sufrido ya, os costará algunas lágrimas, algunas vigiliás; los otros os traerán una filosofia cruel. De este modo, batallareis con el invencible oleaje del mundo, hasta que un dia llegue aquella hora en el hielo de los años invade nuestro pecho, y en que nos esforzamos en creer que aun sentimos atraccion hácia los séres que antes nos cautivaban. Jimeno, los años y los sufrimientos van endureciendo el corazon, la experiencia va infiltrando gota á gota su amarga hiel en nuestro pecho, hasta que nos dejamos llevar de la impetuosa corriente del mundo. Yo tambien he sufrido como vos... pero olvidemos todas esas reflexiones, y tratemos de algo mas grave todavía.



—Os escucho.

—En primer lugar, Jimeno, existe una persona que me vende. Una carta de mi esposa, pára en manos de doña María. Sabeis con cuánto empeño habia ocultado mi estado, en Mérida, para poder gozar como vos. Hoy he sufrido lo que no podeis imaginaros, al presentarme aquella señora esa carta, y al pedirme que ni yo, ni vos, pongamos mas los piés en su casa. Yo quisiera castigar como es debido á esa familia y buscar al que tan vilmente me ha vendido; pero es ya tarde.....

—¿Acaso hay alguna mala nueva llegada de la Côte?

—Jimeno, se ha trabajado cerca de S. M. mucho contra mí. Mi sucesor, así se me escribe por mi esposa, que con ello se alegra, estará aquí dentro de poco tiempo.

—¡Ojalá y fuesen otros los motivos que nos volviesen á la patria! Yo siento este cambio violento de fortuna; pero, creedme, si no fuera por eso, recibiria con placer estas noticias.

—Os comprendo; no quereis vivir mas tiempo en esta Provincia en que vuestro corazon acaba de sufrir tan rudo golpe. Mucho os pesa, por mas que os hayais desentendido, la prohibicion de doña María. Guardad el mas profundo silencio acerca de cuando acabais de escuchar. De otra manera, serian atroces los dias que nos restan aquí. Sabeis que los honores y consideraciones que se prodigan á los hombres de mi posicion desaparecen al punto que ésta ha concluido. Quedad aquí, en tanto que hago una visita urgente al Diocesano.—Y tomando algunos papeles, salió de la habitacion.

Jimeno quedó solo, luchando con emociones encontradas. Veia, por una parte, cercano el fin de una posicion que en la Côte no podia disfrutar, y esto heria su amor propio; y se complacia, por la otra, con el éxito brillante que habia producido su visita á Fernan y la entrega de la carta.

Jimeno estaba vengado; pero al mismo tiempo sufría una horrible contradiccion. Sus ideas de elevacion y engrandecimiento, sus

locas esperanzas de hacer una fortuna en Yucatan, bien fuese al lado de don Sancho, ó bien enlazándose con alguna rica heredera, habían desaparecido para siempre, si se realizaban tan pronto las noticias que el gobernador había recibido de la Córte.

VIII.

Aquellos acontecimientos decidieron la suerte de Elena y de Fernan.

Dona María desengañada completamente de don Sancho y de Jimeno; del primero por su falsedad é hipocresía, y del segundo, porque veia en él á un hombre dispuesto á todo lo malo por complacer á su señor, ya no pensó mas en ambos. Sabiendo, por el contrario, que aquel misterio habia sido descubierto por Fernan, vió en él á un ángel que las habia salvado de la burla y de la infamia de uno y otro, y ya no vaciló un momento en dar la mano de su hija al que ella amaba.

Esto pasaba en Diciembre de 1677.

El día 18 de aquel mismo mes, tuvieron

lugar dos acontecimientos. A las doce tomaba posesion ante el cabildo, el señor don Antonio de la Izeca y Alvarado, como gobernador y capitan general de la Provincia, en sustitucion del caballero de Santiago don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, contra quien la Córte habia recibido frecuentes y á cual peores informes. A las oraciones de la noche el Dean de la Santa Iglesia Catedral unia en aquel templo, implorando sobre ellos las bendiciones del cielo, á dos jóvenes en cuyo semblante se retrataba la alegría mas pura.

Eran Fernan y Elena.

Tres dias despues, don Sancho y su privado partieron para España, sucediendo entonces lo que aun hoy sucede: el recibimiento habia sido una verdadera fiesta; todos eran halagos; la despedida era brusca, mas aún, despreciativa.....!

## Un protector.

..... Y accediendo á mis instancias comenzó su relato de este modo:

Tengo treinta años. Nací en Puebla, de una acomodada familia que despues pereció entre las numerosas víctimas del penúltimo sitio de aquella ciudad.

Mis padres procuraron darme una educacion esmerada, y un viejo canónigo, tio mio, me legó al morir una gran suma, que recibiria yo siempre que abrasase la carrera ecle-